Bartleby, el escribiente...

Herman Melville

Soy un hombre bastante mayor. La naturaleza de mis ocupaciones en los últimos treinta años me ha puesto en estrecho contacto con un gremio interesante y un tanto peculiar, del cual, hasta donde sé, nada se ha escrito todavía: me refiero a los copistas judiciales o escribientes. He conocido a muchísimos, profesional e íntimamente, y, si quisiera, podría narrar diversas historias que harían sonreír a los hombres bondadosos y llorar a las almas sentimentales. Pero renuncio a las biografías de todos los demás escribientes sólo por algunos pasajes de la vida de Bartleby, que era uno de ellos y el más extraño que yo haya visto o del que haya oído hablar. Mientras que de otros copistas podría escribir su vida entera, nada parecido puede hacerse con Bartleby. No existe material suficiente para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes no puede asegurarse nada si no a partir de las fuentes originales, y, en su caso, éstas son muy pocas. Todo lo que sé de Bartleby es lo que vieron mis atónitos ojos, excepto, claro, por un vago rumor que mencionaré al final.

Antes de presentar al escribiente, tal como lo conocí por primera vez, es conveniente que diga algo sobre mí, mis empleados, mis negocios, mi despacho y

mi ambiente en general; una descripción de este tipo es indispensable para una adecuada comprensión del personaje principal que está a punto de aparecer. En primer lugar, soy un hombre que desde su juventud ha tenido la profunda convicción de que la vida sencilla es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces estresante hasta la turbulencia, jamás he permitido que esos asuntos alteren mi tranquilidad. Soy uno de esos abogados sin ambiciones que nunca se dirigen a un jurado ni buscan suscitar el aplauso del público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro, realizo un cómodo trabajo entre bonos, hipotecas y títulos de propiedad de hombres ricos. Quienes me conocen me consideran un hombre eminentemente confiable. El difunto John Jacob Astor, un personaje poco dado al entusiasmo poético, no titubeaba en señalar que mi virtud principal era la prudencia y la segunda, el método. No es por vanidad, sino por registrar los hechos, si digo que mis servicios profesionales no eran despreciados por el difunto John Jacob Astor; un nombre que, tengo que admitirlo, me encanta repetir, porque tiene un sonido redondo y orbicular, y suena como monedas de oro recién acuñadas. Añadiré con franqueza que yo no era indiferente a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Poco antes del periodo en el que empieza esta pequeña historia, mis ocupaciones habían aumentado considerablemente. Se me había nombrado para ocu-

par el antiguo cargo, ahora desaparecido en el Estado de Nueva York, de Secretario de la Cancillería. No era un cargo difícil, pero sí muy bien remunerado. Raras veces pierdo la calma, y es más raro aún que caiga en indignaciones imprudentes ante injusticias y atropellos; pero permítaseme tener un arrebato aquí y declarar que considero la súbita y violenta disolución del cargo de Secretario de la Cancillería, por la nueva Constitución, como un acto prematuro, por decir lo menos; sobre todo si consideramos que yo había contado con disfrutar de sus ganancias de por vida, y sólo recibí las de algunos pocos años. Pero nada de esto viene al caso.

Mi despacho se encontraba en un piso del número... de Wall Street. Uno de sus lados daba a la pared blanca del interior de un espacioso tragaluz que recorría el edificio de arriba abajo. Esta vista podría haberse considerado más bien sosa, totalmente desprovista de eso que los paisajistas llaman «vida». Y aunque así fuera, la vista del otro lado de mi despacho ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección mis ventanas dominaban una vista limpia de una alta pared de ladrillos, ennegrecida por el tiempo y la sombra permanente; no se requería de un telescopio para descubrir las bellezas ocultas de esta pared, ya que, para beneficio de todo espectador miope, se alzaba apenas a tres metros de los cristales de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios de los alrededores, y a que mi despacho se encontraba en el segundo piso, el espacio entre esta

pared y la mía guardaba una semejanza no menor con una enorme cisterna cuadrada.

En la época justamente anterior a la llegada de Bartleby, tenía a dos personas empleadas como copistas, y a un chiquillo muy despierto como mandadero. El primero era Turkey; el segundo, Nippers; y el tercero, Ginger Nut. Pueden parecer nombres, estos tres, de esos que no se encuentran con frecuencia en el directorio telefónico. En realidad se trataba de apodos que mis tres empleados se habían puesto mutuamente, y que expresaban con propiedad sus respectivas personalidades. Turkey era un inglés bajo y choncho, más o menos de mi edad, es decir, no muy lejos de los sesenta. Por las mañanas, podría decirse, su cara tenía un estupendo color rosado, pero después de las doce del mediodía —su hora del almuerzo— resplandecía como una parrilla llena de brasas, y seguía resplandeciendo —pero con un declive gradual, por así decirlo— hasta las seis de la tarde aproximadamente, después de lo cual yo no veía más al dueño de ese rostro, que alcanzaba su punto más alto con el sol, parecía ponerse con él, salir de nuevo, culminar, y declinar al día siguiente, con idéntica regularidad e idéntico esplendor. A lo largo de mi vida he visto muchas coincidencias peculiares, entre las cuales no fue la menor el hecho de que en el momento exacto en el que la cara roja y radiante de Turkey lanzaba sus rayos más intensos, justo entonces, en ese momento crucial, comenzaba el periodo del día en que sus capacidades

laborales me parecían gravemente afectadas por el resto de la jornada. No digo que se mostrara absolutamente ocioso o reacio al trabajo; nada de eso. El problema era que se volvía demasiado enérgico. Había entonces una extraña, vehemente, exaltada, voluble precipitación en sus actos. Mojaba con descuido su pluma en el tintero. Todos sus manchones en mis documentos fueron hechos después de las doce del mediodía. Y no sólo era atarantado y penosamente dado a los manchones por las tardes, sino que algunos días iba más lejos y se volvía bastante ruidoso. En esas ocasiones, además, su cara ardía de una manera majestuosa, como carbón al rojo vivo. Hacía un ruido desagradable con la silla; derramaba la arena secante; al reparar sus plumas, con impaciencia las partía en pedazos, y en un arrebato las arrojaba al piso; se paraba y se inclinaba sobre su mesa, revolviendo todos sus papeles de la forma más indecorosa, algo muy triste de ver en un hombre mayor como él. Sin embargo, como por muchos motivos era una persona muy valiosa para mí y siempre antes de las doce del mediodía el ser más diligente y moderado, capaz de realizar una gran cantidad de tareas de manera inigualable; por estas razones, estaba dispuesto a pasar por alto sus excentricidades, aunque, de vez en cuando, me viera obligado a reprenderlo. Lo hacía, no obstante, con bastante suavidad, porque aunque por las mañanas Turkey fuera el hombre más educado, apacible y respetuoso, por las tardes era propenso, ante la menor

provocación, a responder de manera un tanto brusca, insolente, de hecho. Pues bien, como valoraba tanto sus servicios matutinos y estaba decidido a no perderlos; aunque, al mismo tiempo, sus airadas maneras después de las doce me hicieran sentir incómodo; y, como hombre de paz que soy, tan poco dispuesto a provocar con mis reprimendas respuestas impropias, resolví un sábado por la tarde (siempre se ponía peor los sábados por la tarde), sugerirle, de manera muy amable, que, tal vez, ahora que estaba envejeciendo, sería mejor reducir sus tareas; en pocas palabras, que no necesitaba venir al despacho después de las doce, sino, después del almuerzo, dirigirse a casa a descansar hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se volvió intolerablemente férvido, mientras me aseguraba con un tono oratorio —gesticulando con una gran regla desde el otro extremo de la habitación— que si sus servicios eran útiles por la mañana, ¿cómo entonces no iban a serlo por la tarde?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en esa ocasión—, me considero su mano derecha. Por las mañanas tan sólo reúno y despliego mis tropas, pero por las tardes me pongo al frente de ellas y cargo gallardamente contra el enemigo, ¡así! —y dio una violenta estocada con la regla.

—¿Y los manchones, Turkey? —le insinué.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡observe mi cabello! Estoy envejeciendo. Seguramente, señor,

un manchón o dos en una tarde calurosa no debe reprochársele con severidad a mis canas. La vejez —aun si deja manchones en la páginas— es algo digno. Con todo respeto, señor, *ambos* estamos envejeciendo.

Como apeló a mi empatía fue difícil resistirme. En todo caso, comprendí que él no se iría. Así que decidí permitir que se quedara, asegurándome, sin embargo, que durante la tarde se ocupara únicamente de mis documentos menos importantes.

Nippers, el segundo de mi lista, era un hombre de unos veinticinco años, con patillas, algo amarillento y, en general, con un marcado aire de pirata. Siempre lo consideré víctima de dos fuerzas malignas: la ambición y la indigestión. La ambición se manifestaba en una cierta impaciencia hacia las tareas de un simple copista, en una injustificable usurpación de asuntos de carácter estrictamente profesional, como la redacción original de documentos legales. La indigestión parecía advertirse en un ocasional malhumor y una mueca de irritabilidad, lo que hacía que los dientes le rechinaran de manera estruendosa cuando cometía errores al copiar; en maldiciones innecesarias, susurradas, en lugar de dichas, al calor del trabajo; y en especial en un continuo malestar con la altura de la mesa en la que trabajaba. A pesar de su gran habilidad en cuestiones mecánicas, Nippers nunca pudo acomodar esa mesa a su gusto. Le colocó astillas debajo, calzas de diversos tipos, pedazos de cartón, y, por último, llegó al extremo de intentar un

fino ajuste hecho de pedazos de papel secante doblado. Pero ningún invento funcionó. Si, con el fin de aliviar su espalda, inclinaba la tapa de la mesa hasta formar un ángulo agudo en dirección de su mentón, y escribía así como quien usa el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, entonces declaraba que la circulación de sus brazos se detenía. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se inclinaba sobre ella para escribir, entonces sentía un agudo dolor en su espalda. En pocas palabras, la verdad es que Nippers no sabía lo que quería. O, si acaso quería algo, era deshacerse de su mesa de escribiente de una vez por todas. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza estaba su afición a recibir a ciertos tipos de pinta dudosa y abrigos raídos, a quien se refería como sus clientes. En realidad, yo estaba al tanto de que no solamente se involucraba, algunas veces, en la política local, sino que ocasionalmente hacía algún negocio en los juzgados, y no era desconocido en las inmediaciones de Las Tumbas.¹ Sin embargo, tengo buenas razones para creer que un individuo que lo visitó en mi despacho, y a quien, con aires de grandeza, Nippers insistía en llamarlo su cliente, no era más que un cobrador, y el supuesto título de propiedad, una factura. Pero a pesar de sus defectos, y de las moles-

tias que me ocasionaba, Nippers, como su compatriota Turkey, me era de mucha utilidad; tenía una letra clara y rápida; y, cuando quería, podía comportarse como un caballero. Además, siempre iba vestido como un caballero, lo cual, indirectamente, le confería prestigio a mi despacho. Mientras que, con respecto a Turkey, me era muy difícil evitar que fuera una vergüenza para mí. Sus ropas solían verse aceitosas y oler a comida. Usaba sus pantalones muy flojos y anchos en el verano. Sus abrigos eran abominables y su sombrero no se podía ni tocar. Pero mientras el sombrero era algo que me resultaba indiferente, ya que su natural cortesía y deferencia, como buen inglés subordinado, lo llevaban a quitárselo al entrar en la habitación, su abrigo era otra cosa. Intenté razonar con él sobre sus abrigos, pero sin ningún resultado. Lo cierto era, supongo, que un hombre con un salario tan bajo no podía permitirse ostentar al mismo tiempo un abrigo tan lustroso como su cara. Como Nippers lo dijo alguna vez, el dinero de Turkey se iba principalmente en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un abrigo de muy distinguida apariencia que me pertenecía, un abrigo gris, muy cómodo y caliente, y que se abotonaba desde la rodilla hasta el cuello. Creí que Turkey apreciaría el favor, y que moderaría su precipitación y sus estrépitos vespertinos. Pero no. Creo con sinceridad que enfundarse en un abrigo tan suave y tan semejante a una cobija tenía un efecto pernicioso en él; siguiendo el mismo principio de que

demasiada avena es mala para los caballos. De hecho, justamente como se dice que a un caballo impetuoso e inquieto se le nota la avena, a Turkey se le notaba el abrigo. Se volvió insolente. Era un hombre al que la prosperidad le hacía daño.

Aunque con respecto a los excesos de Turkey yo tenía mis propias conjeturas, en cuanto a Nippers estaba muy seguro de que cualesquiera que pudieran ser sus faltas en otros aspectos, él era, al menos, un joven moderado. Pero la naturaleza misma parecía haber sido su cantinero, y en su nacimiento haberlo dotado con un carácter tan irritable y tan alcoholizado, que toda libación posterior era innecesaria. Cuando reflexiono cómo, entre la quietud de mi despacho, Nippers en ocasiones se levantaba con impaciencia de su silla, e inclinándose sobre su mesa, extendía sus brazos para agarrar su escritorio entero, y moverlo y sacudirlo, haciéndolo chirriar horriblemente en el suelo, como si la mesa fuera un obstinado ser dotado de voluntad decidido a frustrarlo y vejarlo; entonces veo con claridad que para Nippers el alcohol era superfluo.

Era una suerte para mí que, debido a su causa peculiar —es decir, la indigestión— la irritabilidad y el consecuente nerviosismo de Nippers se notaran sobre todo por las mañanas, mientras que por las tardes era considerablemente apacible. Y como los paroxismos de Turkey sólo ocurrían alrededor de las doce, nunca tuve que lidiar con sus excentricidades a la vez. Los ata-

ques de ambos se relevaban mutuamente como guardias. Cuando era el turno del de Nippers, el de Turkey descansaba; y viceversa. Se trataba de un buen arreglo dadas las circunstancias.

Ginger Nut, el tercero de mi lista, era un chiquillo de unos doce años. Su padre era un cochero, deseoso de ver, antes de morir, a su hijo en los tribunales y no manejando un carruaje. Así que lo envió a mi oficina como estudiante de derecho, mandadero, limpiador y barrendero, a razón de un dólar por semana. Tenía un pequeño escritorio para él solo, pero no lo usaba mucho. Al revisarlo, su cajón mostraba una gran colección de cáscaras de diversos tipos de nueces. Para este joven astuto, toda la noble ciencia del derecho estaba en una cáscara de nuez. Entre las ocupaciones de Ginger Nut no era la de menor importancia, además de cumplirla con gran prontitud, fungir como proveedor de pasteles y manzanas para Turkey y Nippers. Como copiar documentos legales es evidentemente una labor áspera y árida, a mis dos copistas les gustaba humedecerse la boca con frecuencia con manzanas, que se conseguían en los numerosos puestos cercanos a la Aduana y a la Oficina de Correos. También mandaban a Ginger Nut de manera frecuente por una galleta peculiar —pequeña, plana, redonda, y muy condimentada— de la que le venía su apodo. En una mañana fría, cuando el trabajo se hacía tedioso, Turkey podía engullirse docenas de estas galletas, como si fueran meras obleas —se vendían

seis u ocho a razón de un penique— logrando que el rasguido de su pluma se mezclara con el crujido de las galletas en su boca. La peor de todas las equivocaciones disparatadas vespertinas y de sus exaltaciones impetuosas fue aquella vez que humedeció con su boca una de esas galletas de jengibre y la estampó en un documento hipotecario como si de un sello se tratara. Estuve a punto de despedirlo en ese momento. Pero me ablandó con una reverencia oriental, y diciendo:

—Con todo respeto, señor, creo que ha sido un gesto generoso de mi parte suministrarle insumos de oficina que corren por mi cuenta.

Mis negocios originales —transferir propiedades, rastrear títulos, y redactar todo tipo de recónditos documentos— habían aumentado considerablemente al recibir el cargo de Secretario de la Cancillería. Ahora había mucho trabajo para los copistas. No solamente debía apremiar a mis empleados, sino que debía conseguir ayuda adicional. En respuesta a mi anuncio, una mañana un joven inmóvil se paró en el umbral de mi oficina; la puerta estaba abierta ya que era verano. Puedo ver su figura todavía: pálidamente pulcra, lastimosamente respetable, irremediabilmente desamparada. Era Bartleby.

Después de unas cuantas palabras acerca de sus habilidades, lo contraté, feliz de tener entre mis filas de copistas a un hombre de un aspecto tan particularmente apagado, lo cual me hizo pensar que podía influir be-

néficamente en el carácter caprichoso de Turkey y en el fiero de Nippers.

Debí haber dicho antes que unas puertas correderas de cristal esmerilado dividían mi oficina en dos partes, una ocupada por los escribientes, y la otra por mí. Según mi humor, abría o cerraba estas puertas. Decidí asignarle a Bartleby un rincón junto a las puertas correderas, pero de mi lado, con el fin de tener a la mano a este hombre tranquilo, en caso de que cualquier cosa menor se necesitara. Coloqué su escritorio cerca de una pequeña ventana lateral en esa parte de la habitación, una ventana que originalmente ofrecía a la vista algunos mugrosos patios traseros y muros de ladrillos, pero que, debido a construcciones posteriores, ya no tenía ninguna vista, aunque daba algo de luz. A un metro de los cristales de la ventana había una pared, y la luz bajaba desde muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una abertura muy pequeña en una cúpula. Para conseguir una disposición aún más satisfactoria, conseguí un alto biombo verde, que aislaría por completo de mi vista a Bartleby, aunque no lo alejaría del alcance de mi voz. Y así, de cierta forma, lo público y lo privado eran uno.

Al principio, Bartleby escribió en cantidades extraordinarias. Como si durante mucho tiempo hubiera estado hambriento por copiar, parecía darse un festín con mis documentos. No hacía siquiera una pausa para la digestión. Trabajaba día y noche de corrido, copiando a la luz del día y a la luz de las velas. Yo me habría

sentido muy contento con su dedicación si lo hubiera hecho con entusiasmo. Pero escribía en silencio, pálidamente, mecánicamente.

Una de las tareas indispensables de un escribiente, está claro, es verificar la precisión de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribientes en una oficina, se ayudan mutuamente en esta revisión: uno lee la copia mientras el otro sigue el original. Es un asunto bastante tedioso, cansino y letárgico. Puedo imaginarme muy bien que para algunos temperamentos sanguíneos sería completamente intolerable. Por ejemplo, no me imagino al valeroso poeta Byron sentándose de buena gana con Bartleby a revisar un documento legal de unas quinientas páginas, escritas con una letra apretada y abigarrada.

De vez en cuando, por culpa de las prisas, yo mismo solía ayudar a cotejar algún documento breve, llamando a Turkey o a Nippers con este fin. Una de las razones por las que puse a Bartleby tan a la mano detrás del biombo era valerme de sus servicios en estas ocasiones tan triviales. Fue en el tercer día, me parece, de su estancia conmigo, y antes de que siquiera fuera necesario revisar sus escritos, que, en el apuro de terminar un pequeño asunto que yo traía entre manos, llamé abruptamente a Bartleby. En mi apremio y expectativa normal de inmediata obediencia, me senté en mi escritorio con la cabeza inclinada sobre el original y con la copia en la mano derecha, estirada hacia un lado y de

manera un tanto nerviosa, para que, al salir de su refugio, Bartleby pudiera tomarla y continuar con el trabajo sin la menor demora.

Justamente así estaba sentado cuando lo llamé, explicándole rápidamente lo que quería que hiciera —es decir, revisar un pequeño documento conmigo—. Imaginen mi sorpresa, mejor dicho, mi consternación, cuando sin moverse de su privado, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, contestó:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé sentado por un rato en completo silencio, recuperando mis atónitas facultades. Inmediatamente se me ocurrió que mis oídos me habían engañado, o que Bartleby no había comprendido lo que yo quería decir. Repetí mi petición con el tono más claro del que yo era capaz. Pero con un tono igual de claro recibí la misma respuesta:

—Preferiría no hacerlo.

—Preferiría no hacerlo —repetí como en eco, levantándome bastante alterado, cruzando la habitación de una zancada—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Se ha vuelto loco? Quiero que me ayude a confrontar esta hoja, ¡tómela! —y se la aventé.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré fijamente. Su rostro lucía una tranquilidad demacrada; sus ojos grises, una vaga calma. Ni un gesto de agitación lo perturbaba. Si hubiera habido la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia en sus

actitudes; en otras palabras, si hubiera habido algo naturalmente humano en él, no habría dudado en echarlo violentamente de mis oficinas. Pero dadas las circunstancias, habría sido como echar a la calle a mi pálido busto de yeso de Cicerón. Me quedé parado, contemplándolo por un rato, mientras él continuaba escribiendo, y entonces me senté de nuevo en mi escritorio. Esto es muy raro, pensé. ¿Qué haré? Pero mi trabajo me apremiaba. Decidí olvidar el asunto por el momento, reservándolo para mi tiempo libre. Así que le pedí a Nippers que viniera desde la otra habitación, y el documento se revisó rápidamente.

Pocos días después, Bartleby terminó cuatro extensos documentos: copias cuadruplicadas de una semana entera de testimonios dados ante mí en el Tribunal Superior de la Cancillería. Era necesario revisarlos. Se trataba de un juicio importante, y una gran precisión era imprescindible. Con todo listo, llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut, que se encontraban en la otra habitación, con el propósito de cada uno de mis empleados tuviera una de las cuatro copias mientras yo leía el original. Siguiendo mis instrucciones, Turkey, Nippers y Ginger Nut se habían sentado en fila, cada uno con su documento en mano, cuando llamé a Bartleby para que se uniera a este curioso grupo.

—¡Bartleby! Rápido, estoy esperando.

Oí el rechinar lento de las patas de su silla en el piso sin alfombra, y pronto apareció parado en la entrada de su ermita.

—¿Qué desea? —dijo con voz suave.

—Las copias, las copias —dije con prisa—. Vamos a revisarlas. Tome —y le acerqué la cuarta copia.

—Preferiría no hacerlo —dijo, y desapareció despacio detrás del biombo.

Por algunos momentos me convertí en una estatua de sal, colocado al frente de mi columna de escribientes sentados. Cuando volví en mí, avancé hacia el biombo, y le exigí el motivo de su conducta tan extraordinaria.

—¿*Por qué se niega?*

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre, me habría dejado llevar por una ira espantosa, desdeñando cualquier explicación, y lo habría echado ignominiosamente de mi vista. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desar- maba extrañamente, sino que además me conmovía y me desconcertaba de una manera asombrosa. Comencé a razonar con él.

—Son sus propias copias las que estamos a punto de examinar. Estamos ahorrándole el trabajo, porque una sola revisión bastará para los cuatro documentos. Es la costumbre. Todo copista está obligado a ayudar a revisar su copia. ¿No es así? ¿No hablará? ¡Conteste!

—Preferiría no hacerlo —contestó con una voz de flauta. Me daba la impresión de que mientras le hablaba, él meditaba cuidadosamente cada uno de mis enunciados; comprendía cabalmente el significado; no podía negar las inevitables conclusiones; pero que, al

mismo tiempo, alguna consideración superior prevalecía para que contestara de ese modo.

—¿Está decidido, entonces, a no cumplir con mi petición, una petición hecha según la costumbre y el sentido común?

Me dio a entender brevemente que en ese punto mi juicio era certero. Sí, su decisión era irrevocable.

No es raro que cuando a un hombre lo contradicen de una forma insólita y violentamente irracional, sus convicciones más simples empiecen a tambalearse. Comienza a sospechar vagamente, por así decirlo, que, por extraordinario que parezca, toda la razón y la justicia están de parte del otro. Si así ocurre, y si algunas personas desinteresadas están presentes, este hombre acude a ellas en busca de apoyo para su mente titubeante.

—Turkey —dije yo—, ¿qué piensa usted de esto? ¿No tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey, con su voz más suave—, creo que sí la tiene.

—Nippers —dije—, ¿qué piensa *usted* de esto?

—Creo que yo mismo debería echarlo a patadas de la oficina.

(El buen lector notará aquí que, como era de mañana, la respuesta de Turkey está formulada en términos corteses y tranquilos, pero Nippers contesta en términos malhumorados. O, para repetir una oración anterior, el horrible humor de Nippers estaba de guardia y el de Turkey descansaba).

—Ginger Nut —dije yo, dispuesto a obtener a mi favor hasta el más pequeño de los votos—, ¿qué piensas tú de esto?

—Yo creo, señor, que éste está un poco chiflado —contestó Ginger Nut con una gran sonrisa.

—Ya oyó lo que piensan —le dije, volteándome hacia el biombo—, venga aquí a hacer su trabajo.

Pero no concedió respuesta alguna. Reflexioné por un momento, en un estado de gran perplejidad. Pero, de nuevo, el trabajo me apremiaba. Decidí otra vez posponer la consideración de este dilema para mi tiempo libre. Con algo de dificultad nos las arreglamos para examinar los documentos sin Bartleby, a pesar de que a cada una o dos páginas Turkey opinaba respetuosamente que este procedimiento era muy poco ortodoxo; mientras que Nippers, retorciéndose en su silla con un nerviosismo dispéptico, de vez en cuando machacaba entre sus dientes apretados maldiciones susurradas contra el imbécil testarudo detrás del biombo. Y por su parte (la de Nippers), ésta era la primera y última vez que haría el trabajo de otro sin paga.

Mientras tanto, Bartleby permanecía sentado en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propia tarea.

Algunos días pasaron en los que el escribiente se ocupaba de otro trabajo extenso. Su reciente conducta insólita me llevó a vigilar sus movimientos de cerca. Observé que nunca iba a almorzar; de hecho nunca iba a ninguna parte. Hasta ese momento, que yo supiera,

nunca había salido de la oficina. Era un centinela perpetuo en su rincón. Sin embargo, empecé a notar que, alrededor de las once en punto de la mañana, Ginger Nut caminaba hacia la abertura del biombo de Bartleby, como si una seña silenciosa, invisible para mí desde mi asiento, lo atrajera hasta ahí. Entonces el muchacho salía de la oficina, haciendo sonar unos pocos peniques, y reaparecía con un puñado de galletas de jengibre que entregaba en la ermita, y recibía dos de ellas por su servicio.

Así que vive de galletas de jengibre, pensé; nunca almuerza en forma; quizá sea vegetariano, entonces; pero no; ni siquiera come verduras, no come nada más que galletas de jengibre. Mi mente se perdió en divagaciones sobre los probables efectos en la constitución humana ocasionados por vivir exclusivamente a base de galletas de jengibre. Las galletas de jengibre reciben este nombre porque el jengibre es uno de sus ingredientes principales, el que les da su sabor final. Ahora bien, ¿qué cosa es el jengibre? Algo picante y condimentado. ¿Era Bartleby picante y condimentado? Para nada. Por lo tanto, el jengibre no tenía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo tuviera.

Nada exaspera tanto a una persona seria como una resistencia pasiva. Si el individuo resistido no posee un carácter inhumano, y la pasividad del resistente es totalmente inofensiva; entonces, el primero, en la mejor disposición, caritativamente intentará interpre-

tar con ayuda de su imaginación lo que le resulta imposible de comprender con su juicio. Era así como, la mayor parte del tiempo, veía a Bartleby y su forma de ser. ¡Pobre hombre!, pensé, sus intenciones no son malas; es obvio que no quiere ser insolente; su aspecto es evidencia suficiente de que sus excentricidades son involuntarias. Es una persona útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despido, probablemente caerá con un jefe menos indulgente, y lo tratarán de mala manera, y quizá lo empujen miserablemente a morir de hambre. Sí. Puedo comprarme por muy poco una deliciosa satisfacción. Ser amigo de Bartleby, consentir su extraña terquedad, me costará poco o nada, y así guardaré en mi alma lo que eventualmente será un dulce bocado para mi consciencia. Pero mi postura no siempre era la misma. La pasividad de Bartleby a veces me irritaba. Me sentía extrañamente incitado a enfrentarme con él en un nuevo desacuerdo, a provocarle algún chispazo de enojo que correspondiera a mí. Pero claro que habría sido lo mismo haber intentado hacer fuego golpeando mis nudillos contra un pedazo de jabón. Pero una tarde ese impulso maligno me dominó, y tuvo lugar la siguiente escena:

—Bartleby —le dije—, cuando termine de copiar esos documentos, los confrontaré con usted.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Cómo? No pretenderá usted persistir en esa terca manía, ¿verdad?

No hubo respuesta.

Abrió de par en par las puertas corredizas, y, dirigiéndome hacia Turkey y Nippers, exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no revisará sus documentos. ¿Qué piensa usted de eso, Turkey?

Tómese en cuenta que era de tarde. Turkey, que estaba sentado, resplandecía como una caldera de latón, su calva echaba humo, sus manos se movían agitadamente entre sus documentos manchados.

—¿Que qué pienso? —rugió Turkey—. ¡Pienso que voy a entrar a ese biombo a ponerle los ojos morados!

Y diciendo aquello, Turkey se levantó y alzó sus brazos en posición pugilística. Se apresuraba a cumplir su promesa cuando lo detuve, alarmado por haber provocado imprudentemente la belicosidad de Turkey después del almuerzo.

—Siéntese, Turkey —le dije—, y escuche lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué piensa usted de esto, Nippers? ¿No estaría justificado despedir inmediatamente a Bartleby?

—Discúlpeme, eso tiene que decidirlo usted, señor. Yo creo que su comportamiento es bastante extraño, y ciertamente injusto para Turkey y para mí. Pero tal vez sea sólo un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, ¡así que extrañamente ha cambiado de parecer! Ahora usted habla de él con mucha consideración.

—Es la cerveza —gritó Turkey—, esa consideración es efecto de la cerveza. Nippers y yo almorzamos juntos hoy. Mire qué considerado soy *yo*, señor. ¿Me permite ir a ponerle los ojos morados?

—Se refiere usted a los ojos de Bartleby, supongo. No, hoy no, Turkey —le contesté—; por favor, baje esos puños.

Cerré las puertas, y de nuevo me dirigí hacia Bartleby. Sentí que tenía incentivos adicionales para tentar mi suerte. Ardía en deseos de verlo rebelarse en mi contra de nuevo. Recordé que Bartleby nunca salía de la oficina.

—Bartleby, —le dije—, Ginger Nut ha salido. Vaya a la Oficina de Correos, por favor —quedaba a tres minutos a pie—, y vea si hay algo para mí.

—Preferiría no hacerlo.

—¿No *quiere* hacerlo?

—*Prefiero* no hacerlo.

Me tambaleé hasta mi escritorio, y me senté a reflexionar profundamente. Mi ciega obstinación volvió. ¿Había alguna cosa más en la que pudiera ser ignominiosamente rechazado por este tipo escuálido y pobretón, mi propio empleado? ¿Qué otra cosa, perfectamente razonable, puede haber que con seguridad se niegue a hacer?

—¡Bartleby!

No hubo respuesta.

—Bartleby —en un tono más alto.

No hubo respuesta.

—¡Bartleby! —esta vez rugiendo.

Como un mismísimo fantasma, acorde a las leyes de la invocación mágica, a la tercera llamada apareció a la entrada de su ermita.

—Vaya a la otra habitación, y dígame a Nippers que venga.

—Prefiero no hacerlo —dijo respetuosamente y muy despacio, y desapareció apaciblemente.

—Muy bien, Bartleby —dije en un tono tranquilo, como con una serenidad severa y dominio de mí mismo, insinuando el propósito inalterable de un terrible castigo inminente. En ese momento, medio tenía la intención de cumplirlo. Pero, considerándolo bien, como se acercaba la hora de mi almuerzo, pensé que sería mejor ponerme el sombrero, caminar a casa y no volver, ya que me sentía afectado por mi perplejidad y mi angustia.

¿Tengo que admitirlo? La conclusión de todo este asunto fue que pronto se volvió un hecho conocido que en mi despacho un escribiente joven y pálido, llamado Bartleby, y que tenía un escritorio ahí, hacía copias para mí por la tarifa normal de cuatro centavos por hoja (de cien palabras), pero que estaba permanentemente exento de revisar su propio trabajo, deber que se le transfería a Turkey y a Nippers, como un halago, sin duda, a la mayor agudeza de estos dos; además, al susodicho Bartleby nunca se le debía mandar, bajo ninguna circunstancia, a

cumplir el más trivial de los encargos de cualquier tipo; e incluso si se le rogaba que se encargara de hacerlo, se sabía de antemano que él «preferiría no hacerlo»; en otras palabras, que se negaría rotundamente.

Con el paso de los días, me reconcilié considerablemente con Bartleby. Su constancia, su ausencia de todo vicio, su incesante laboriosidad (salvo cuando, de pie, se dejaba caer en ensoñaciones detrás de su biombo), su extraordinaria quietud, su inalterable conducta en cualquier circunstancia, lo convertían en una valiosa adquisición. Algo fundamental era que *siempre estaba ahí*: el primero en la mañana, ininterrumpidamente durante el día, y el último en la noche. Yo tenía una confianza particular en su honestidad. Sentía que mis documentos más preciados estaban perfectamente a salvo en sus manos. A veces, es verdad, por más que quisiera no podía evitar caer en repentinos y espasmódicos arranques de ira contra él. Porque era excesivamente difícil tener presentes todo el tiempo esas extrañas peculiaridades, privilegios, e insólitas excepciones, que formaban las tácitas condiciones que mantenían a Bartleby en mi oficina. De vez en cuando, presionado por despachar asuntos urgentes, distraídamente llamaba a Bartleby, con un tono breve y rápido, para que, digamos, pusiera su dedo en el incipiente nudo de un pedazo de listón rojo con el que estaba a punto de atar unos documentos. Por supuesto, era seguro que la respuesta habitual, «preferiría no hacerlo», se escucharía detrás del biomb-

bo; y entonces, ¿cómo podría un ser humano, con las flaquezas propias de nuestra naturaleza, abstenerse de exclamar con amargura ante semejante perversidad, semejante sinrazón? Sin embargo, cada nuevo rechazo de este tipo tendía a disminuir las probabilidades de que mis descuidos se repitieran.

Debo decir en este punto que, según la costumbre de la mayoría de los hombres de leyes con despachos en edificios densamente poblados, había varias llaves de mi puerta. Una la guardaba una mujer que vivía en el ático, quien lavaba el piso una vez por semana y barría y sacudía diariamente mi oficina. Otra la guardaba Turkey por comodidad. La tercera a veces la llevaba yo en mi bolsillo. La cuarta no sabía quién la tenía.

Pues bien, un domingo por la mañana casualmente me dirigí a la iglesia de la Trinidad para escuchar a un famoso predicador, y como había llegado con bastante anticipación, se me ocurrió pasar a mi despacho un momento. Por suerte llevaba mi llave conmigo; pero al ponerla en la cerradura, descubrí que algo insertado desde el interior le oponía resistencia. Bastante sorprendido, toqué a la puerta; para mi consternación, una llave giró por dentro; y asomando su delgada cara por la puerta entreabierta, como un fantasma apareció Bartleby, en mangas de camisa, y además en una bata extrañamente andrajosa, diciendo en voz baja que lo lamentaba, pero que estaba muy ocupado, y prefería no dejarme entrar en ese

momento. Añadió además, en dos o tres breves palabras, que tal vez lo mejor sería que yo diera dos o tres vueltas a la manzana, y que para entonces probablemente él ya habría terminado sus asuntos.

La totalmente insospechada aparición de Bartleby, como inquilino de mi despacho un domingo por la mañana, con su cadavérica despreocupación caballeresca, y sin embargo firme y seguro de sí mismo, me produjo un efecto tan extraño que precipitadamente me escabullí de mi propia puerta, e hice lo que me pidió. Pero no sin varias punzadas de impotente rebeldía contra la mansa desfachatez de este incomprensible escribiente. En efecto, era principalmente su extraordinaria manse dumbre la que no sólo me desarmaba, sino que me acobardaba, por así decirlo. Pues considero que es una especie de cobarde momentáneo quien tranquilamente permite que su empleado le dé órdenes y lo eche de sus propios dominios. Además, me inquietaba muchísimo lo que Bartleby pudiera estar haciendo en mi oficina en mangas de camisa, en una condición por lo demás desarropada un domingo por la mañana. ¿Estaría ocurriendo algo indebido? No, eso estaba fuera de duda. No se podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. ¿Pero qué podía estar haciendo ahí? ¿Copiando? No, eso tampoco, por muy excéntrico que fuera, Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Sería la última persona en sentarse en su escritorio en cualquier estado cercano a la desnudez.

Además, era domingo, y había algo en Bartleby que impedía suponer que violaría las costumbres del día por alguna ocupación mundana.

Sin embargo, mi mente no estaba tranquila; y lleno de una inquieta curiosidad, por fin regresé a la puerta. Introduje la llave sin impedimentos, abrí la puerta, y entré. Bartleby no estaba a la vista. Busqué ansiosamente alrededor, me asomé detrás de su biombo; pero estaba claro que se había ido. Al examinar más de cerca el lugar, supuse que por un periodo indefinido Bartleby debía de haber comido, haberse vestido, y haber dormido en mi oficina, y eso además sin un plato, espejo o cama. El asiento acolchonado de un viejo sofá desvencijado en un rincón mostraba la tenue huella de una flaca figura recostada. Enrollada bajo su escritorio, encontré una cobija; bajo la rejilla vacía, grasa para zapatos y un cepillo; en una silla, una palangana de latón con jabón y una toalla andrajosa; en un periódico unas cuantas migajas de galletas de jengibre y un pedacito de queso. Sí, pensé, es bastante evidente que Bartleby ha estado viviendo aquí, un departamento de soltero para él solo. Inmediatamente me asaltó un pensamiento: ¡qué miserable abandono y soledad se revelan aquí! Su pobreza es grande, pero su soledad, ¡qué terrible! Piénsenlo. En domingo, Wall Street está tan poblado como las ruinas de Petra; y todas las noches de todos los días es un desierto. El edificio mismo, que entre semana bulle de actividad y de vida, al anochecer retumba de puro vacío, y durante

todo el domingo está desolado. Y aquí es donde Bartleby hace su hogar; único espectador de una soledad que él ha visto toda poblada, ¡como una especie de Mario inocente y cambiado, meditando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida, un sentimiento de abrumadora y punzante melancolía se apoderó de mí. Hasta ese momento, no había experimentado más que tristezas no del todo desagradables. Ahora el vínculo de una humanidad que nos unía me arrastraba irresistiblemente hacia la pesadumbre. ¡Una melancolía fraternal! Porque, después de todo, ambos éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros alegres que había visto ese día, engalanados, navegando como cisnes por el Mississippi de Broadway; y los comparé con el pálido copista, y me dije: ah, la felicidad busca la luz, por eso juzgamos que el mundo es alegre; pero el sufrimiento se oculta en la lejanía, por eso juzgamos que no existe. Estas tristes fantasías —quimeras, sin duda, de un cerebro enfermo y tonto— me llevaron hacia otros pensamientos más particulares sobre las excentricidades de Bartleby. Presentimientos de extraños hallazgos se cernieron sobre mí. La pálida figura del escribiente se me aparecía tendida, entre extraños indiferentes, envuelta en su escalofriante mortaja.

De pronto, me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, con la llave a la vista puesta en la cerradura.

Mis intenciones no son malas, no busco satisfacer ninguna curiosidad desalmada, pensé; además, el escri-

torio es mío, y su contenido también, así que me atrevere a mirar dentro. Todo estaba metódicamente ordenado, los documentos delicadamente acomodados. Los cajones eran profundos, y quitando los legajos de papeles, busqué a tientas hasta el fondo. Pronto sentí que tocaba algo, y lo saqué. Era un viejo paliacate, pesado y con nudos. Lo abrí, y vi que era una caja de ahorros.

Entonces recordé todos los discretos misterios que había notado en aquel hombre. Recordé que nunca hablaba más que para contestar; que, a pesar de que a ratos tenía bastante tiempo para sí mismo, nunca lo había visto leer, no, ni siquiera el periódico; que por largos periodos se quedaba mirando, por la pálida ventana detrás de su biombo, hacia el muro ciego de ladrillos; yo estaba seguro de que nunca visitaba ningún comedor ni restaurante; y su pálido rostro indicaba claramente que nunca bebía cerveza como Turkey, ni siquiera té o café como las demás personas; que nunca salía a ningún lugar, que yo supiera; que nunca iba a dar un paseo, excepto, claro, en aquel momento; que se había negado a decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que, a pesar de ser tan delgado y pálido, jamás se había quejado de tener mala salud. Y, sobre todo, recordé un cierto aire inconsciente de descolorida —¿cómo llamarla?—, de descolorida altivez, digamos, o más bien una austera reserva en él, que me había intimidado positivamente hasta condescender mansamente con sus excentrici-

dades, cada vez que había temido pedirle que me hiciera el más mínimo favor, aunque yo supiera, por su prolongada inmovilidad, que debía estar detrás de su biombo, sumido en una de esas ensoñaciones suyas de muro ciego.

Meditando sobre estas cosas, y asociándolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su domicilio permanente y en su hogar, sin olvidar su enfermiza tristeza; meditando sobre estas cosas, un sentimiento de prudencia comenzó a invadirme. Mis primeras emociones habían sido de pura melancolía y compasión sincera; pero a medida que el desamparo de Bartleby crecía más y más en mi imaginación, esa misma melancolía se fundía con el miedo; esa compasión, con la repulsión. Es muy cierto, y a la vez terrible, que hasta cierto punto la idea o la vista de la miseria despierta nuestros mejores sentimientos; pero, en ciertos casos especiales, pasado ese punto ya no sucede así. Se equivocan quienes afirman que esto se debe invariablemente al egoísmo inherente del corazón humano. Más bien proviene de una cierta desesperanza de remediar un mal excesivo y orgánico. Para un ser sensible, la compasión no rara vez significa dolor. Y cuando al fin se percibe que esa compasión no conduce a un auxilio efectivo, el sentido común le ordena al alma que se deshaga de ella. Lo que vi esa mañana me persuadió de que el escribiente era víctima de un trastorno innato e incurable. Podía darle

limosnas a su cuerpo; pero no era el cuerpo lo que le dolía; era su alma la que sufría, y yo no podía alcanzarla.

No cumplí mi propósito de ir a la iglesia de la Trinidad esa mañana. De alguna manera, las cosas que había visto me incapacitaban de momento para ir a la iglesia. Caminé hacia casa, pensando lo que haría con Bartleby. Finalmente, esto fue lo que decidí: le haría ciertas preguntas tranquilas a la mañana siguiente, acerca de su historia, etcétera, y si se negaba a contestar abiertamente y sin reservas (y suponía que él preferiría no hacerlo), entonces le daría un billete de veinte dólares, más de lo que pudiera deberle, y le diría que sus servicios ya no eran necesarios; pero que si podía ayudarlo de alguna otra manera, lo haría con gusto, especialmente si deseaba volver a su lugar de origen, dondequiera que fuera, ayudaría de buena gana a costear los gastos. Además, si al llegar a casa, alguna vez necesitaba ayuda, una carta suya recibiría una respuesta segura.

La mañana siguiente llegó.

—Bartleby —le dije, llamándolo amablemente desde el otro lado del biombo.

No hubo respuesta.

—Bartleby —le dije, en un tono aún amable—, venga; no voy a pedirle que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero hablar con usted.

Luego de esto, silenciosamente se apareció.

—¿Quiere decirme usted, Bartleby, dónde nació?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Quiere contarme *lo que sea* sobre usted?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Pero qué objeción razonable puede tener usted para no hablar conmigo? Le estoy ofreciendo mi amistad.

Él no me miró mientras yo hablaba, sino que mantuvo la mirada fija en el busto de Cicerón que, tal como yo estaba sentado entonces, se encontraba justamente detrás de mí, a unos quince centímetros sobre mi cabeza.

—¿Cuál es su respuesta, Bartleby? —le dije, después de esperar por un buen tiempo, durante el cual su rostro permaneció inmóvil, excepto por un temblor apenas visible de su pálida boca.

—Por ahora, prefiero no responder —dijo, y se retiró a su ermita.

Fui bastante débil, lo confieso, pero su actitud en esta ocasión me molestó. No sólo parecía ocultarse en ella cierto desdén tranquilo, sino que su obstinación parecía ingrata, considerando el buen trato y la indulgencia innegables que había recibido de mi parte.

Me senté de nuevo a rumiar lo que debería hacer. A pesar de que me mortificara su comportamiento, a pesar de que estuviera resuelto a despedirlo cuando entré a mis oficinas, un sentimiento supersticioso extrañamente latía con fuerza en mi corazón, y me impedía cumplir mi propósito, y me acusaba de villano si me atrevía a pronunciar siquiera una sola palabra amarga contra el más desamparado de los hombres. Finalmente,

llevando mi silla con familiaridad detrás de su biombo, me senté y le dije:

—Bartleby, olvídense de contar su historia si no quiere; pero permítame suplicarle, como amigo, que siga en lo posible las costumbres de esta oficina. Dígame que mañana o pasado me ayudará a revisar documentos; en resumen, dígame que en uno o dos días comenzará a ser un poco razonable. Dígalo, Bartleby.

—Por ahora, preferiría no ser un poco razonable —fue su respuesta apaciblemente cadavérica.

Justo en ese momento las puertas corredizas se abrieron, y Nippers se acercó. Parecía haber tenido una noche atípicamente mala, provocada por una indigestión más severa de lo normal. Alcanzó a oír las últimas palabras de Bartleby.

—*Prefiere no hacerlo*, ¿no? —gruñó Nippers—. Yo sí que lo *preferiría* a él si fuera usted, señor —dirigiéndose a mí—, yo sí que lo *preferiría*; ¡yo sí que le daría sus *preferencias* a esta terca mula! ¿Qué es, señor, si se puede saber, lo que *prefiere* no hacer ahora?

Bartleby no movió ni un dedo.

—Señor Nippers —le dije—, preferiría que se retirara usted por el momento.

De alguna manera, últimamente había empezado a utilizar involuntariamente la palabra «preferir» en todo tipo de ocasiones no del todo apropiadas. Y me estremecía de sólo pensar que mi contacto con el escribiente ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Qué

otra y más grave aberración podría llegar a producirme? Esta aprensión no había tenido poco peso en mi determinación de emplear medidas inmediatas.

Mientras Nippers, muy resentido y malhumorado, se retiraba, Turkey se acercó con afabilidad y deferencia.

—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estaba pensando acerca de Bartleby, aquí presente, y creo que si él prefiriera beber a diario un cuarto de buena cerveza, le haría mucho bien, y le permitiría ayudar en la revisión de sus documentos.

—Así que a usted también se le ha pegado la palabra —dije yo, un poco nervioso.

—Con todo respeto, ¿qué palabra, señor? —preguntó Turkey, apretujándose respetuosamente en el estrecho espacio detrás del biombo, obligándome a empujar al escribiente—. ¿Qué palabra, señor?

—*Ésa* es la palabra, Turkey —dije yo—, *ésa* es.

—Ah, ¿preferir? Ah, sí, una extraña palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como le estaba diciendo, si él prefiriera ...

—Turkey —lo interrumpí—, retírese, por favor.

—Ah, por supuesto, señor, si usted así lo prefiere.

Al abrir la puerta corrediza para retirarse, Nippers alcanzó a verme desde su escritorio, y me preguntó si preferiría que cierto documento se copiara en papel azul o blanco. No acentuó en lo más mínimo la palabra «preferiría». Estaba claro que se le había escapado de la lengua involuntariamente. Me dije a mí mismo que sin

duda debía deshacerme de este demente, quien ya había conseguido hasta cierto punto perturbarnos las lenguas, si no es que también las cabezas, de mis empleados y mías. Pero creí prudente no hacerlo de inmediato.

Al día siguiente, me di cuenta de que Bartleby no hacía más que estar parado frente a la ventana en sus ensoñaciones de muro ciego. Al preguntarle por qué no escribía, me dijo que había decidido ya no escribir.

¿Qué es lo que pasa? ¿Y luego qué sigue? —exclamé—. ¿Ya no escribir?

—Ya no.

—¿Y cuál es la razón?

—¿No la ve usted mismo? —contestó con indiferencia.

Lo miré fijamente, y advertí que sus ojos se veían apagados y vidriosos. En seguida se me ocurrió que su inigualable diligencia al copiar junto a esa oscura ventana durante las primeras semanas de su estancia conmigo podía haberle dañado temporalmente la vista.

Me sentí conmovido. Le dije algunas palabras de condolencia. Insinué que desde luego hacía muy bien en abstenerse de escribir por un tiempo; y lo animé a que aprovechara esta oportunidad para ejercitarse al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Unos días después, cuando mis otros empleados estaban ausentes, y con el gran apuro de enviar ciertas cartas por correo, pensé que, como no tenía otra cosa que hacer, seguramente Bartleby sería menos inflexible de lo normal, y

que llevaría esas cartas a la Oficina de Correos. Pero se negó rotundamente. Así que, muy a mi pesar, tuve que ir yo mismo.

Los días siguieron pasando. Si los ojos de Bartleby mejoraban o no, no sabría decirlo. Según las apariencias, yo creía que sí. Pero cuando le pregunté si habían mejorado, no concedió respuesta alguna. En todo caso, no hacía ninguna copia. Al fin, en respuesta a mi insistencia, me informó que había renunciado a copiar para siempre.

—¡Cómo! —exclamé—. Suponga que sus ojos se pusieran bien del todo, mejor que nunca, ¿aun así no copiaría usted?

—He renunciado a copiar —respondió, y desapareció.

Continuó como siempre: un mueble más en mi despacho. Mejor dicho, si eso fuera posible, resultó ser un mueble incluso más que antes. ¿Qué debía hacerse? No hacía nada en la oficina. ¿Por qué iba quedarse? Francamente, se había vuelto una carga para mí, no sólo tan inútil como un adorno, sino difícil de soportar. Y aun así, sentía lástima por él. No digo más que la verdad cuando afirmo que si me provocaba inquietud era por su propia culpa. Si tan sólo hubiera mencionado a algún familiar o amigo, yo les habría escrito inmediatamente, instándolos a que se llevaran al pobre hombre a un retiro apropiado. Pero parecía estar solo, completamente solo en el universo. Un pedazo de los restos de un nau-

fragio en medio del Atlántico. A la larga, las exigencias relacionadas con mi trabajo tiranizaron cualquier otra consideración. Tan amablemente como pude, le dije a Bartleby que en un plazo de seis días tenía que dejar la oficina incuestionablemente. Le aconsejé que, mientras tanto, tomara medidas para procurarse una nueva morada. Le ofrecí ayudarlo en esta tarea si él mismo daba el primer paso para la mudanza.

—Y cuando finalmente me deje, Bartleby —agregué—, me aseguraré de que no se vaya completamente desprovisto. Seis días a partir de ahora, recuérdelo.

Al expirar el plazo, me asomé detrás del biombo, y sí: ¡ahí estaba Bartleby!

Me abotoné el abrigo y serené mis emociones; avancé lentamente hacia él, le toqué el hombro, y le dije:

—Ha llegado el momento; debe abandonar este lugar; lo lamento por usted. Tome este dinero, pero debe marcharse.

—Preferiría no hacerlo —contestó, aún dándome la espalda.

—*Debe* marcharse.

Permaneció en silencio.

Yo tenía una confianza ilimitada en la honradez de este hombre. Con frecuencia me había devuelto monedas que por descuido había dejado caer al piso, pues suelo ser muy despreocupado con esas naderías. Lo que sigue, por lo tanto, no sorprenderá a nadie.

—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares; aquí tiene treintaidós; los veinte restantes son para usted. Tómelos, por favor —y le extendí los billetes.

Pero no hizo ningún movimiento.

—Los dejaré aquí, entonces —y los puse bajo un pisapapeles sobre la mesa. Luego, tomando mi sombrero y mi bastón y dirigiéndome hacia la puerta, me volví tranquilamente y añadí—: Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, cierre con llave la puerta, pues todos, excepto usted, se han marchado ya. Y, por favor, deje su llave debajo del tapete para que yo pueda recogerla en la mañana. No volveremos a vernos; así que adiós. Si de aquí en adelante, en su nueva morada, puedo servirle de algo, no deje de avisarme por carta. Adiós, Bartleby, y que le vaya bien.

Pero no dijo ni una palabra; como la última columna de un templo en ruinas, se quedó de pie, mudo y solitario en medio de la habitación desierta.

Mientras caminaba pensativo de regreso a casa, mi vanidad se sobrepuso a mi compasión. No podía sino vanagloriarme de la manera magistral con la que me había desecho de Bartleby. Magistral he dicho, y así debería parecerle a cualquiera que lo piense desapasionadamente. La belleza de mi procedimiento parecía consistir en su perfecta discreción. Nada de amenazas vulgares, ni bravatas de ningún tipo, ni intimidaciones coléricas dando zancadas de un lado a otro a lo ancho de la oficina, lanzándole órdenes vehementes a Bar-

tleby para que se largara con sus miserables cachivaches. Nada por el estilo. Sin haber ordenado a gritos la partida de Bartleby —como alguien de genio inferior lo habría hecho—, yo había *dado por supuesto* que tenía que marcharse, y sobre esa suposición había construido todo lo que tenía que decir. Cuanto más pensaba en mi procedimiento, más encantado estaba con él. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarme, tuve mis dudas; mis humos de vanidad, no sé cómo, se habían disipado con el sueño. Una de las horas más lúcidas y serenas de un hombre es justo después de despertarse por la mañana. Mi procedimiento me seguía pareciendo tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica, ése era el problema. De verdad era una bella idea haber supuesto la partida de Bartleby; pero, después de todo, esa suposición era sólo mía, y no de Bartleby. La cuestión principal no era si yo había supuesto que él iba a dejarme, sino si él preferiría hacerlo. Y él era un hombre de preferencias, no de suposiciones.

Después del desayuno, caminé hacia el centro, sopesando las probabilidades a favor y en contra. Por momentos creía que resultaría ser un fracaso miserable, y que Bartleby se encontraría en mi oficina como de costumbre; y un momento después estaba seguro de que vería su silla vacía. Y así seguí vacilando. En la esquina de Broadway y Canal Street, vi a un grupo de gente muy alterada, discutiendo acaloradamente.

—Apuesto a que no lo hace —dijo una voz a mi paso.

—¿A que no se va? ¡Acepto! —dije yo—; ponga su dinero.

Estaba metiendo instintivamente mi mano en el bolsillo para mostrar el mío, cuando recordé que era día de elecciones. Las palabras que había alcanzado a oír al pasar no se referían en absoluto a Bartleby, sino al éxito o fracaso de algún candidato a la alcaldía. En mi absorto estado mental, había imaginado, por así decirlo, que todo Broadway compartía mi agitación y debatían conmigo la misma cuestión. Seguí mi camino, muy agradecido de que el alboroto de la calle disimulara mi descuido pasajero.

Tal y como lo había planeado, llegué a la puerta de mi oficina más temprano que de costumbre. Me quedé escuchando por un momento. Todo estaba en silencio. Debí de haberse marchado. Intenté girar la perilla. La puerta estaba cerrada con llave. Sí, mi procedimiento había funcionado de maravilla; había desaparecido en efecto. Sin embargo, una cierta melancolía se mezclaba con esta sensación: casi lamentaba mi éxito brillante. Estaba hurgando debajo del tapete, buscando la llave que Bartleby tenía que haberme dejado ahí, cuando accidentalmente mi rodilla golpeó la puerta, produciendo un sonido como de llamada, y en respuesta una voz llegó hasta mí desde el interior:

—Todavía no, estoy ocupado.

Era Bartleby.

Me dejó fulminado. Por un momento, me quedé como aquel hombre que, con pipa en boca, murió por culpa de un rayo estival, hace ya mucho tiempo durante una tarde despejada en Virginia; murió en su propia ventana, cálida y abierta, y permaneció recargado en ella en la tarde de ensueño, hasta que alguien lo tocó y cayó.

—¡No se ha ido! —murmuré al fin. Pero, obedeciendo una vez más ese asombroso ascendiente que el inescrutable copista tenía sobre mí, y del cual, a pesar de mi exasperación, no podía escapar completamente, bajé lento las escaleras y salí a la calle, y mientras daba vueltas a la manzana, consideré qué debería hacer después en esta inaudita y perpleja situación. No podía echarlo a empujones; ahuyentarlo con insultos sería inapropiado; llamar a la policía era una idea desagradable; y, sin embargo, permitirle que disfrutara de su cadavérico triunfo sobre mí, eso tampoco podía ni pensarlo. ¿Qué debía hacerse? O, si no podía hacerse nada, ¿había algo más que yo pudiera *suponer* sobre este asunto? Sí, al igual que antes yo había dado por supuesto prospectivamente que Bartleby se marcharía, ahora podría suponer retrospectivamente que se había marchado. En la legítima realización de este supuesto, yo podría entrar a mi oficina con mucha prisa, y fingiendo no ver a Bartleby, caminar directamente hacia él y atravesarlo como si fuera aire. Tal procedimiento tendría, en un grado singular, la apariencia de un ataque directo.

Era muy improbable que Bartleby pudiera soportar semejante aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero pensándolo mejor, el éxito del plan parecía más bien dudoso. Decidí discutir el asunto con él de nuevo.

—Bartleby —dije, entrando a la oficina con una expresión tranquilamente severa—, estoy gravemente disgustado. Estoy dolido, Bartleby. Tenía una mejor opinión de usted. Me lo había imaginado de tal caballerosa condición que, en cualquier delicado dilema, habría bastado la más leve insinuación; en resumen, una suposición. Pero parece que me engaño. ¡Vaya! —añadí, con asombro sincero—, ni siquiera ha tocado el dinero aún —y señalé el lugar en el que estaba, justo donde lo había dejado la tarde anterior.

No respondió nada.

—¿Va o no va usted a dejarme? —le pregunté ahora en un súbito arranque de ira, avanzando hacia él.

—Preferiría *no* dejarlo —contestó, enfatizando suavemente ese *no*.

—¿Pero qué derecho tiene usted a quedarse aquí? ¿Paga la renta? ¿Paga mis impuestos? ¿O acaso es suya esta propiedad?

No respondió nada.

—¿Está usted dispuesto a seguir escribiendo ahora? ¿Se ha recuperado de la vista? ¿Podría copiarme un pequeño documento esta misma mañana? ¿O ayudar a revisar algunas líneas? ¿O ir a la Oficina de Correos?

En una palabra, ¿va usted a hacer algo que justifique su negativa a marcharse?

Silenciosamente se retiró a su ermita.

Me encontraba tan enervado que juzgué prudente abstenerme por ahora de añadir otras expresiones. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del desdichado Adams y del aún más desdichado Colt en la solitaria oficina de este último; y cómo el pobre Colt, enfurecido terriblemente por Adams, y dejándose llevar imprudentemente por una ira salvaje, se precipitó de golpe a su acto fatal, un acto que con certeza ningún hombre podría deplorar más que su propio autor. Con frecuencia se me había ocurrido, al pensar sobre este asunto, que si el altercado hubiera tenido lugar en la calle, o en una casa particular, la conclusión habría sido distinta. Fue la circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en un piso alto de un edificio enteramente desprovisto de elementos domésticos humanizadores —una oficina sin alfombra, sin duda, de una apariencia un tanto sucia y demacrada—; eso debió de haber sido lo que contribuyó a aumentar enormemente la desesperación iracunda del desventurado Colt.

Pero cuando este rencor pecaminoso se despertó en mí y me tentó con respecto a Bartleby, forcejeé con él y lo vencí. ¿Cómo? Vaya, pues simplemente recordando el precepto divino: «Un nuevo mandamiento les doy: ámense los unos a los otros». Sí, eso fue lo que me salvó. Dejando de lado consideraciones superiores, con fre-

cuencia la caridad obra como un principio inmensamente sabio y prudente; un gran amparo para su poseedor. Los hombres han asesinado por celos, y por rabia, y por odio, y por egoísmo, y por orgullo espiritual; pero nadie, que yo sepa, jamás asesinó por dulce caridad. El mero interés propio, entonces, a falta de mejor motivo, debería mover a todos los seres, especialmente a los hombres temperamentales, a la caridad y a la filantropía. En todo caso, en aquella ocasión me esforcé en ahogar mis sentimientos de exasperación hacia el escribiente, interpretando benévolamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no lo hace a propósito; además, ha pasado tiempos difíciles, y merece indulgencia.

Procuré también ocuparme inmediatamente en algo, y, a la vez, consolar mi desaliento. Intenté imaginar que, en el transcurso de la mañana, en el momento que le pareciera conveniente, Bartleby, por su propia voluntad, emergería de su ermita, y se encaminaría decidido en dirección a la puerta. Pero no. Dieron las doce y media; la cara de Turkey empezó a resplandecer, a volcar el tintero, y a volverse ruidoso en general; Nippers se sumió en la quietud y la cortesía; Ginger Nut masticaba su manzana de las doce; y Bartleby siguió de pie frente a su ventana en una de sus más profundas ensoñaciones de muro ciego. ¿Me creerán? ¿Debería admitirlo? Esa tarde me marché de la oficina sin decirle ni una sola palabra más.

Pasaron algunos días, durante los cuales, en mis ratos libres, hojeaba un poco *Edwards sobre la voluntad* y

Priestly sobre la necesidad. En estas circunstancias, estos libros me produjeron una saludable sensación. Gradualmente, me fui persuadiendo de que mis penas relacionadas con el escribiente habían sido predestinadas desde el principio de los tiempos, y que se me había enviado a Bartleby para que lo alojara por algún designio misterioso de la omnisciente Providencia, que a un simple mortal como yo no le correspondía sondear. Sí, Bartleby, quédese ahí detrás de su biombo, pensé; no lo molestaré más; es usted tan inofensivo y silencioso como cualquiera de estas sillas viejas; en resumen, nunca tengo tanta privacidad como cuando sé que usted está aquí. Por fin lo veo, lo siento; comprendo el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Puede que otros tengan papeles más nobles que interpretar; pero mi misión en este mundo, Bartleby, es proporcionarle un espacio en mi oficina por el tiempo que usted considere apropiado quedarse.

Creo que habría continuado en este sabio y bendito estado mental de no haber sido por los comentarios gratuitos y nada caritativos que me lanzaban los colegas que visitaban el despacho. Pero como sucede a menudo, la constante fricción con mentes estrechas acaba por desgastar las mejores resoluciones de los más generosos. Aunque, para ser sincero, cuando lo reflexionaba, no era de extrañar que la gente que entraba en mi oficina se impresionara por el peculiar aspecto del incomprensible Bartleby, y se viera tentada a soltar al-

guna observación siniestra sobre él. A veces, algún abogado que tenía asuntos conmigo, al venir a mi oficina y no encontrar a nadie ahí más que al escribiente, intentaba obtener de él alguna información precisa sobre mi paradero; pero sin prestarle atención a su palabrería, Bartleby permanecía de pie, inmóvil en medio de la habitación. Así que, después de contemplarlo en esa posición por un rato, el abogado se marchaba sabiendo lo mismo que cuando llegó.

Además, cuando se revisaba un caso, y el despacho estaba lleno de abogados y testigos, y el trabajo no paraba, algún jurista sumamente atareado de los que se encontraban presentes, viendo que Bartleby estaba enteramente desocupado, le pedía que corriera a su oficina (a la del jurista) y le trajera algunos documentos. A lo que Bartleby tranquilamente se rehusaba, quedándose tan ocioso como antes. Entonces el abogado lo miraba muy fijamente, y luego se volvía hacia mí. ¿Y qué podía decir yo? Finalmente, me enteré de que en todo mi círculo de relaciones profesionales corría un rumor de asombro sobre la extraña criatura que mantenía en mi oficina. Esto me preocupó muchísimo. Y a medida que se apoderaba de mí la idea de que probablemente resultara ser un hombre longevo, y siguiera ocupando mi despacho, y negando mi autoridad; y desconcertando a mis visitantes; y arruinando mi reputación profesional; y ensombreciendo de manera general la oficina; subsistiendo hasta el último momento con sus ahorros (pues

sin duda no gastaba sino cinco centavos al día), y que al final tal vez me sobreviviera, y reclamara posesión de mi oficina en razón de su ocupación perpetua; a medida que todas estas premoniciones sombrías se agolpaban más y más en mi cabeza, y mis amigos se inmiscuían constantemente con sus observaciones implacables sobre el fantasma en mi despacho, un gran cambio se forjó en mí. Decidí reunir todas mis fuerzas y librarme para siempre de este intolerable incubo.

Sin embargo, antes de considerar algún proyecto complicado que respondiera a este fin, primero le sugerí simplemente a Bartleby la pertinencia de su marcha definitiva. En un tono serio y tranquilo, le confié esta idea a su prudente y madura consideración. Pero, después de haberse tomado tres días para meditarlo, me notificó que su determinación original seguía siendo la misma; en resumen, que aún prefería permanecer conmigo.

¿Qué haré?, me preguntaba entonces, mientras abotonaba mi abrigo hasta el último botón. ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que *debería* hacer con este hombre, mejor dicho, con este fantasma? Tengo que librarme de él; se marchará. ¿Pero cómo? ¿No irás a echarlo, a ese pobre, pálido y pasivo mortal; no vas a echar a la calle a esa criatura indefensa? ¿No irás a deshonorarte con semejante crueldad? No, no lo haré, no puedo hacerlo. Sería mejor dejarlo vivir y morir aquí, y luego emparedar sus restos en el muro. ¿Entonces qué harás? A pesar de tus persuaciones, él

no se moverá. Incluso los sobornos que le das los deja sobre tu mesa, debajo de tu propio pisapapeles; en resumen; está bien claro que prefiere aferrarse a ti.

Entonces debe hacerse algo severo, algo inusual. ¡Cómo! ¿No irás a hacer que lo atrape la policía y enviar su inocente palidez a la cárcel? ¿Y con qué fundamentos lograrías que se hiciera tal cosa? ¿Es acaso un vagabundo? ¡Cómo! ¿Un vagabundo, un errante, él, que se niega a moverse? Precisamente porque *no* quiere ser un vagabundo, intentas que lo consideren como tal. Es demasiado absurdo. No tiene medios de subsistencia visibles: ¡ya lo atrapé! Otro error: pues indudablemente él *sí* *subsiste* por su propia cuenta, y esa es la única prueba irrefutable con la que cualquiera puede demostrar que posee los medios para hacerlo. Se acabó. Como él no me dejará, yo debo dejarlo a él. Cambiaré de oficina; me mudaré a otra parte; y le notificaré debidamente que si lo encuentro en mis nuevas instalaciones, procederé contra él como si fuera un intruso común y corriente.

Actuando en consecuencia, al día siguiente me dirigí a él de este modo:

—Me parece que este despacho está demasiado lejos del Ayuntamiento; el aire aquí es insalubre. En pocas palabras, me propongo cambiar mis oficinas la próxima semana, y ya no requeriré de sus servicios. Se lo digo ahora con el fin de que pueda usted buscarse otro lugar.

No respondió, y no se dijo más.

En el día señalado, contraté carretas y hombres, me dirigí hacia mi despacho, y como el mobiliario era poco, se llevaron todo en unas cuantas horas. Durante la mudanza, el escribiente permaneció de pie detrás del biombo, el cual, según mis órdenes, sería lo último que se llevaran. Una vez que lo retiraron, doblándolo como un inmenso pliego, dejé a Bartleby como el ocupante inmóvil de una habitación desnuda. Me quedé en la entrada observándolo por un momento, mientras algo en mi interior me reprochaba.

Volví a entrar con la mano en el bolsillo y... y con el corazón en un puño.

—Adiós, Bartleby, me marchó. Adiós, y que Dios de algún modo lo bendiga. Y tenga —le dije, deslizando algo en su mano. Pero lo dejó caer al suelo, y entonces, aunque parezca mentira, tuve que arrancarme a mí mismo de quien tanto había anhelado librarme.

Instalado en mis nuevas oficinas, durante un día o dos mantuve la puerta cerrada con llave, y me sobresaltaba cada paso que oía en los pasillos. Cuando regresaba a mi despacho después de alguna breve ausencia, hacía una pausa en el umbral por un instante, y escuchaba con atención antes de introducir mi llave. Pero mis temores eran innecesarios. Bartleby nunca volvió a acercarse.

Cuando creía que todo iba bien, un desconocido con aire preocupado me visitó, y me preguntó si era yo la persona que recientemente había ocupado unas oficinas en el número... de Wall Street.

Lleno de aprensiones, respondí que sí.

—Entonces, señor —dijo el desconocido, que resultó ser un abogado—, usted es responsable del hombre que dejó ahí. Se niega a copiar; se niega a hacer cualquier cosa; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a dejar las instalaciones.

—Lo siento mucho, señor —le dije, fingiendo tranquilidad, pero temblando por dentro—, pero, en realidad, el hombre al que usted alude no es nada mío. No es ni mi pariente ni mi aprendiz como para que usted me responsabilice por él.

—Por piedad, ¿quién es?

—Es que no puedo informarle. No sé nada sobre él. Anteriormente lo contraté como copista; pero no ha hecho nada para mí desde hace algún tiempo.

—Me encargaré de él, entonces. Buen día, señor.

Pasaron varios días, y no supe nada más; y a pesar de que con frecuencia sentía un impulso caritativo de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, aún así una cierta aprensión de no sé qué me detenía.

A estas alturas, todo ha terminado, pensaba al fin, cuando no recibí más noticias durante otra semana. Pero al llegar a mi despacho al día siguiente, encontré varias personas esperando junto a mi puerta, bastante alterados.

—¡Es él, ahí viene! —gritó el que estaba al frente, a quien reconocí como el abogado que anteriormente me había visitado a solas.

—¡Debe usted llevárselo, señor, de inmediato! —gritó un hombre corpulento, acercándose hacia mí, y a quien reconocí como el dueño del número... de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no soportan más esta situación. El señor B... —señalando al abogado— lo ha echado de su oficina, y ahora él insiste en rondar por todo el edificio, de día sentándose en los barandales de las escaleras y de noche durmiendo en la entrada. Todos están preocupados; los clientes están abandonando las oficinas; hay temor de una trifulca. Usted tiene que hacer algo, y de inmediato.

Horrorizado ante este torrente, me replegué, y de buena gana me hubiera encerrado bajo llave en mis nuevas instalaciones. En vano insistí en que mi relación con Bartleby no era mayor que la de cualquier otro. En vano: yo era la última persona que había tenido algo que ver con él, y me responsabilizaban de esa terrible situación. Temeroso de que se me denunciara en los periódicos (tal como alguien amenazó vagamente), consideré el asunto y, finalmente, dije que si el abogado me concedía una entrevista privada con el escribiente, en su propio despacho (el del abogado), esa misma tarde haría mi mejor esfuerzo para librarlos de la molestia de la que se quejaban.

Subí las escaleras hacia mi vieja guarida, y ahí estaba Bartleby, sentado en silencio sobre el barandal de uno de los descansos.

—¿Qué está haciendo aquí, Bartleby? —le dije.

—Estoy sentado en el barandal —respondió con voz suave.

Con un gesto le indiqué que entrara al despacho del abogado, quien entonces nos dejó solos.

—Bartleby —le dije—, ¿es usted consciente de que me ocasiona una gran tribulación al obstinarse en ocupar la entrada después de haber sido echado de la oficina?

No hubo respuesta.

—Tiene que pasar una de dos cosas. O usted hace algo o harán algo con usted. ¿A qué clase de trabajo le gustaría dedicarse? ¿Le gustaría volver a copiar para alguien?

—No, preferiría no hacer ningún cambio.

—¿Le gustaría ser vendedor en una tienda de ropa?

—Es demasiado tiempo encerrado. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy quisquilloso.

—¡Demasiado tiempo encerrado! —exclamé—. ¡Pero si usted se la pasa encerrado todo el tiempo!

—Preferiría no ser vendedor —replicó, como para dejar resuelto ese punto de una vez.

—¿Qué tal le vendría un empleo de cantinero? Eso no cansa la vista.

—No me gustaría en absoluto; aunque, como he dicho antes, no soy quisquilloso.

Su inusitada elocuencia me animó. Volví a la carga.

Pues bien, ¿le gustaría viajar por el país cobrando facturas para los comerciantes? Eso mejoraría su salud.

—No, preferiría hacer otra cosa.

—¿Qué tal, entonces, viajar a Europa como compañero de algún joven caballero para entretenerlo con su conversación? ¿Qué tal le vendría?

—En absoluto. No me da la impresión de que haya algo definido en eso. Me gusta ser sedentario. Pero no soy quisquilloso.

—Pues sedentario será —grité, perdiendo la paciencia y, por primera vez en mi exasperante relación con él, dejándome llevar por la ira—. Si usted no se va de estas instalaciones antes de que anochezca, me verá obligado... mejor dicho, estoy obligado a... a... ¡a abandonar las instalaciones yo mismo! —concluí de forma bastante absurda, sin saber con qué posible amenaza intimidarlo para convertir su inmovilidad en obediencia. Perdiendo las esperanzas en cualquier intento posterior, me estaba marchando precipitadamente, cuando se me ocurrió una última idea, una que no era la primera vez que me permitía albergar.

—Bartleby —le dije en el tono más amable que pude dadas las circunstancias—, ¿quisiera usted ir a casa conmigo ahora, no a mi oficina, sino a mi hogar, y quedarse ahí hasta que podamos encontrar tranquilamente un arreglo que le convenga? Venga, vayámonos ahora mismo.

—No, por ahora preferiría no cambiar nada en absoluto.

No respondí nada; sino que, esquivando con eficacia a todos con lo inesperado y rápido de mi huida,

salí volando del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway, y saltando al primer ómnibus, pronto me vi libre de toda persecución. Tan pronto como volvió la tranquilidad, comprendí claramente que había hecho todo lo que me era posible, tanto respecto a las exigencias del dueño y sus inquilinos, como a mi propio deseo y sentido del deber, para beneficiar a Bartleby, y protegerlo de una dura persecución. Ahora procuré quietarme y despreocuparme; y mi consciencia me daba la razón; aunque, para ser sincero, no tuve tanto éxito como habría querido. Tan temeroso estaba de ser cazado de nuevo por el dueño furibundo y sus exasperados inquilinos, que, dejando en manos de Nippers mis asuntos, por algunos días deambulé por la parte alta de la ciudad y los suburbios en mi carruaje; crucé a Jersey City y a Haboken, e hice visitas fugaces a Manhattanville y a Astoria. De hecho, prácticamente viví en mi carruaje durante aquellos días.

Cuando regresé a mi oficina, sí, una nota del dueño me esperaba sobre mi escritorio. La abrí con manos temblorosas. Se me informaba de que su autor había llamado a la policía, y había hecho que se llevaran a Bartleby a Las Tumbas por vagabundo. Además, ya que yo lo conocía más que ninguna otra persona, me pedía que me presentara en aquel lugar e hiciera una adecuada declaración de los hechos. Estas noticias me produjeron un efecto contradictorio. Al principio, estaba indignado; pero, al final, casi estuve de acuerdo. El

temperamento enérgico y sumario del dueño lo habían llevado a adoptar un procedimiento que no creo haber podido decidir por mi cuenta. Y, sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias tan peculiares, parecía la única opción.

Según supe después, el pobre escribiente, cuando le dijeron que debía ser llevado a Las Tumbas, no ofreció la menor resistencia, sino que, con su inmovilidad y palidez características, consintió silenciosamente.

Algunos de los compasivos y curiosos espectadores se unieron al grupo; y encabezada por un policía, que llevaba a Bartleby del brazo, la silenciosa procesión desfiló por su camino entre todo el ruido, el calor y el júbilo de las estruendosas calles al mediodía.

El mismo día que recibí la nota, me dirigí a Las Tumbas; o, para decirlo con propiedad, al Departamento de Justicia. Buscando al oficial adecuado, declaré el propósito de mi visita, y se me informó que el individuo al que describía estaba, en efecto, ahí adentro. Entonces le aseguré al funcionario que Bartleby era un hombre perfectamente honrado, y digno de la mayor compasión, a pesar de su inexplicable excentricidad. Le relaté todo lo que sabía, y concluí sugiriéndole la idea de dejar que permaneciera en un confinamiento tan indulgente como fuera posible hasta que algo menos severo pudiera hacerse; aunque, en realidad, yo no sabía muy bien qué podría ser. En todo caso, si nada más

podía decidirse, el asilo debía recibirlo. Luego pedí una entrevista con Bartleby.

Como no estaba acusado de ningún cargo grave y su comportamiento era sereno e inofensivo, le habían permitido deambular libremente por la prisión, y en especial en los patios interiores cubiertos de pasto. Y ahí lo encontré, de pie y completamente solo en el más tranquilo de los patios, con su cara vuelta hacia un alto muro, mientras que, por todas partes, desde las estrechas rendijas de las ventanas de la cárcel, creí ver cómo los ojos de asesinos y ladrones lo miraban con curiosidad.

—¡Bartleby!

—Yo lo conozco a usted —dijo sin voltearse—, y no tengo nada que decirle.

—No fui yo quien lo trajo aquí, Bartleby —le dije, profundamente dolido por su implícita sospecha—. Y, para usted, este lugar no debe ser tan desagradable. No es nada vergonzoso que usted esté aquí. Y vea, no es un lugar tan triste como podría creerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí el jardín.

—Sé dónde estoy —contestó, pero ya no diría nada más, así que lo dejé.

Al entrar de nuevo al pasillo, un hombre robusto y carnoso, que vestía un delantal, me abordó, y sacudiendo su pulgar por encima de su hombro, me dijo:

—¿Es amigo suyo?

—Sí.

—¿Quiere morirse de hambre? Si eso quiere, déjelo que viva de la comida de la prisión, eso bastará.

—¿Quién es usted? —le pregunté, sin saber qué pensar de una persona que hablaba de una manera tan poco oficial en un lugar como aquel.

—Soy el hombre guisos. Los caballeros que tienen amigos aquí me contratan para que los provea de cosas buenas de comer.

—¿Es verdad? —dije, volteando hacia el carcelero. Dijo que sí.

—Pues bien —le dije, deslizado unas monedas de plata en las manos del hombre guisos (pues así le decían)—. Quiero que le dé un trato especial a mi amigo; que tenga la mejor comida que usted pueda conseguir. Y sea tan amable con él como le sea posible.

—¿Quiere usted presentarme? —dijo el hombre guisos, mirándome con una expresión que parecía decir que estaba impaciente por una oportunidad para dar una muestra de su buena educación.

Creyendo que podría ser provechoso para el escribiente, accedí; y preguntándole su nombre al hombre guisos, nos acercamos a Bartleby.

—Bartleby, le presento a un amigo; le será de gran ayuda.

—Su servidor, señor, su servidor —dijo el hombre guisos, haciendo una reverencia con todo y su delantal—. Espero que el lugar le parezca agradable, señor; amplios jardines; habitaciones frescas, señor; espero

que se quede con nosotros un buen tiempo; trataremos de hacérselo agradable. ¿Qué desearía almorzar hoy?

—Preferiría no almorzar hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Me caería mal; no estoy acostumbrado a los almuerzos. —Diciendo esto, se dirigió lentamente hacia el otro lado del recinto, y se quedó frente al muro ciego.

—¿Cómo? —dijo el hombre guisos, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es medio raro, ¿no?

—Creo que está un poco trastornado —dije con tristeza.

—¿Trastornado? ¿Trastornado, dice? Ah, bueno, le doy mi palabra, pensé que ese amigo suyo era un falsificador; siempre son pálidos y como distinguidos, esos falsificadores. No puedo evitar compadecerlos, no puedo evitarlo, señor. ¿Conoció usted a Monroe Edwards? —añadió conmovedoramente, e hizo una pausa. Luego, apoyando compasivamente su mano en mi hombro, suspiró—. Murió de tisis en Sing-Sing. ¿Y no conocía usted al señor Monroe?

—No, nunca he estado relacionado socialmente con ningún falsificador. Pero no puedo quedarme más tiempo. Cuide a mi amigo. No perderá nada si lo hace. Nos volveremos a ver.

Algunos pocos días después, de nuevo conseguí entrar a Las Tumbas, y recorrí los pasillos en busca de Bartleby; pero no lo encontré.

—Lo vi salir de su celda no hace mucho —dijo un carcelero—. Tal vez haya ido a vagar por los patios.

Así que me dirigí hacia aquella dirección.

—¿Está buscando al hombre silencioso? —dijo otro carcelero al cruzarse conmigo—. Está por allá, durmiendo en aquel patio. No hace ni veinte minutos que lo vi acostarse.

El patio estaba en completo silencio. Los presos comunes no tenían acceso a él. Los muros circundantes, de un sorprendente grosor, lo aislaban de todo ruido. El carácter egipcio de la construcción me abrumó con su melancolía. Pero un suave pasto crecía aprisionado en el suelo. Parecía el corazón de las eternas pirámides, donde, por obra de alguna extraña magia, a través de las grietas, semillas de pasto, arrojadas por las aves, habían brotado.

Extrañamente acurrucado al pie del muro, con las rodillas recogidas, y acostado de lado, su cabeza tocando las frías piedras, vi al demacrado Bartleby. Pero nada se movía. Me detuve; luego me le acerqué; me incliné, y vi que sus tenues ojos estaban abiertos; por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me incitó a tocarlo. Cuando toqué su mano, un hormigueo escalofriante me recorrió del brazo y la espina dorsal hasta los pies.

La cara redonda del hombre guisos me miró detenidamente.

—Su almuerzo está listo. ¿No almorzará hoy tampoco? ¿O es que vive sin comer?

—Vive sin comer —dije yo, y cerré sus ojos.

—¡Vaya! Está durmiendo, ¿no?

—Con reyes y gobernantes —murmuré.

Parecería que no hay necesidad de proseguir con esta historia. La imaginación suplirá con facilidad el escueto relato del entierro del pobre Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, permítaseme decir que si esta pequeña narración le ha interesado lo suficiente como para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué clase de vida llevó antes de que este narrador lo conociera, sólo puedo responder que comparto plenamente esa curiosidad, pero que soy totalmente incapaz de satisfacerla. Sin embargo, en este punto, no sé si debería divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos unos meses después del fallecimiento del escribiente. Sobre qué base se sustentaba, nunca podría determinarlo; y, por lo tanto, no podría decir qué tan cierto es. Pero considerando que este vago rumor ha sido de cierto interés extraño y sugestivo para mí, por triste que sea, puede resultar interesante también para otras personas; así que lo mencionaré brevemente. El rumor era éste: que Bartleby había sido un em-

pleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas² en Washington, de la que fue repentinamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, no puedo explicar adecuadamente los sentimientos que se apoderan de mí. ¡Cartas muertas! ¿No suena como a hombres muertos? Imagínense a un hombre, por naturaleza y desventura, propenso a la pálida desesperanza, ¿habrá otro trabajo que parezca más apropiado para agudizarla que manejar continuamente estas cartas muertas, y clasificarlas para lanzarlas al fuego? Porque año tras año las queman por montones. A veces, el pálido empleado extrae del sobre un anillo —el dedo al que estaba destinado, quizá, esté pudriéndose en la tumba—; un billete enviado con pronta caridad —aquél a quien habría aliviado ya no come ni siente hambre—; perdón para quienes murieron afligidos; esperanza para quienes murieron sin ilusión; buenas noticias para quienes murieron ahogados por calamidades sin alivio. Con mensajes de vida, estas cartas se precipitan hacia la muerte.

¡Ay, Bartleby! ¡Ay, humanidad!